

La política inglesa en CENTROAMERICA durante el siglo XIX

VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA
Historiador guatemalteco.

Estados Unidos e Inglaterra en la Cuestión de Belice

Una reñida lucha que al fin perdió Monroe. — La carta de su intendente en Belice da la pauta a Inglaterra.

El afán de Mr. John M. Clayton, secretario de Estado de los Estados Unidos a mediados del siglo XIX porque se firmara el tratado con Inglaterra para evitar la guerra que parecía inminente entre ellas, haciendo completamente neutral el canal que ambas naciones deseaban construir a través de Nicaragua, lo llevó a incurrir en la debilidad de poner de motu proprio una nota adicional, ante el sine qua non de Inglaterra, en que sin pronunciar palabra alguna acerca de los derechos que a esta última le pudieran corresponder a Belice, declaró que el tratado no comprendía éste. Es decir, los derechos que Inglaterra hubiera podido adquirir sobre dicho territorio, por sus tratados con España del tiempo de la colonia. Tal salvedad que al conocerla, tiempo después, el Senado, que había dado su aprobación al tratado tal como estaba, sin la referida enmienda de Mr. Clayton, levantó una tempestad de protestas, sirvió sin embargo de base a Inglaterra para mantenerse en Belice, burlando el texto esencial del tratado, que prohibía en lo absoluto a una y otra nación adquirir, fortificar, ni hacerse en forma alguna de la más mínima parte del suelo centroamericano. Bien sabía la Pérfida Albión, que dando tiempo al tiempo la oportunidad tenía que venir de tratar a su mejor conveniencia y directamente con el gobierno de Guatemala, siempre en precaria situación desde la independencia.

Estados Unidos había cometido un gravísimo error con respecto a Centro América, como fue el de haberse olvidado de los consejos y profecías de Tomás Jefferson, su más ilustre presidente dos veces y el verdadero inspirador de la constitución federal, que tan excelentes resultados les estaban dando. Jefferson había sido el enemigo implacable de Inglaterra en lo que se refería a Hispanoamérica. Aun siendo el hombre más escéptico del mundo en lo tocante al porvenir inmediato de ésta como repúblicas independientes. Al gran sabio Humboldt, precursor cuando menos de la geopolítica moderna, le había profetizado, hablando de ellas, que "sus odios y celos mutuos, su ignorancia profunda y su fanatismo serían aprovechados por caudillos astutos". Pero conocía a los ingleses también y sabía que "nunca conciertan ningún tratado con ninguna nación en términos de igualdad". "Ella (Inglaterra, decía) presenta el singular fenómeno de una nación cuyos individuos son tan fieles a sus compromisos y deberes particulares, tan honorables, tan dignos de crédito como los de cualquiera otra nación de la tierra y

cuyo gobierno es, no obstante, el más falto de principios que se haya conocido hasta ahora". Tratándose de Centro América sabía que los piratas ingleses habían tenido buena parte en su fracaso durante los siglos coloniales. Que el coronel Hogsdon había sacado los primeros planos del río San Juan y el gran lago de Nicaragua en 1779 y que la expedición inglesa en que había tomado parte el que más tarde sería nada menos que el célebre Nelson, había tenido por objeto conquistarla. Por eso no cesaba de proclamar y repetir en sus cartas sus axiomas: "América tiene su propio hemisferio, al fin y a la postre se formará una Santa Alianza Americana". Y lo más contundente de todo: "Hay que expulsar definitivamente a Inglaterra del continente americano".¹

Quiere decir que Jefferson fue más allá que su segundo sucesor Monroe. Y sin embargo hasta la doctrina general de éste sobre América fue olvidada por los gobiernos de Estados Unidos al tratarse de Centro América, durante muchos años, mientras Inglaterra conspiraba y trabajaba tenazmente.

Dicen así Morrison y Commager en su reciente historia de los Estados Unidos (tres tomos y con varias ediciones ya): "Al proclamarse la doctrina Monroe el imperio británico tenía ya dos bases en la América Central, el viejo establecimiento maderero de Belice y un oscuro protectorado sobre los indios mosquitos en la costa de Nicaragua. Debido a la debilidad de las repúblicas centroamericanas, al espíritu emprendedor de los agentes británicos y al olvido en Washington de la doctrina Monroe, la influencia y dominio de Inglaterra en la América Central se intensificaron de modo notable entre 1825-1845". No sólo esos autores. Parecidos conceptos se expresan en el libro de D. Young en sus "Narraciones de una residencia en la costa mosquitia" y sobre todo en la más considerada por los norteamericanos mismos, la de M. W. Williams, sobre la diplomacia anglo-americana en el istmo. Al paso que los Estados Unidos no se fijaran en Centro América sino cuando el descubrimiento del oro de California y el final de la guerra con México los convencieron de que les era indispensable abrir el canal de Nicaragua para encontrar el paso fácil de los Estados del este a los del oeste y aún al no menos promotor lejano oriente. Pero para Centro América ya todo eso era tarde porque Inglaterra se les había

¹ Correspondencia de Jefferson. Carta de 4 de abril de 1813 a William Duane, T. III. Edición Conmemorativa del Centenario.

adelantado. Habría pues que librar con ella una tercera guerra si los recursos diplomáticos se agotaban.

Inglaterra a raíz misma de la independencia de Centro América, se había preocupado de enviar a un real emisario para estudiar las condiciones en que la colonia la había dejado y sobre todo para conocer de vista las perspectivas del Canal. Mr. Alexander Thompson había cumplido inteligentemente su misión: se había hecho amigo de los políticos centroamericanos, principalmente de los conservadores que entonces tenían la sartén por el mango; había recorrido las provincias del antiguo reino de Guatemala, sobre todo observando de cerca los proyectos que para la apertura del canal habían levantado ingenieros nacionales y extranjeros desde los tiempos en que Melchor de Villalobos, para demostrarle a España la posibilidad de la obra (siglo XVI) había bajado por el lago de Nicaragua y el río San Juan hasta el puerto panameño de Nombre de Dios, foco del comercio marítimo entonces. Dos compañías privadas inglesas se habían presentado ya para llevar a cabo la obra y sobre todo la de los banqueros Barclay y Co. daba la mejor pista. El emisario inglés tuvo buen cuidado de picar el amor propio de sus majestades advirtiéndoles que el propio rey de Holanda estaba ya empeñado en la obra. Pero algo más, al hablar de Belice hizo una revelación portentosa: por el sistema de sus grandes ríos navegables (el Viejo o Belice, el de la Pasión y el Usumacinta) podría llegarse a dominar el golfo de México. ¿Qué más deslumbrador argumento para la señora de los mares, que había tenido ya que sostener con los Estados Unidos dos guerras, la de la independencia y la de 1812? Y luego, si había que sostener una tercera en el propio ¡Mare Nostrum! (ya considerado por Inglaterra como tal, del mar Caribe). Una declaración de gran importancia para nosotros se le escapó a Mr. Thompson: la de que Belice no había gozado nunca el derecho de soberanía, pero teniendo buen cuidado de añadir que en su concepto Guatemala no tendría dificultad en concedérsela con sólo que lo solicitara Inglaterra.

Mientras tanto el intendente de Belice, mayor general Edward Codd, peleaba ya con Centro América a brazo partido por la devolución de unos cientos de negros que se habían pasado al Petén para protegerse con la ley constitucional de Centro América que declaraba que todo esclavo quedaba libre desde el momento de poner el pie en su suelo. Los dos partidos en que se dividían los diminutos grupos ilustrados de Centro América tuvieron nueva oportunidad de dividirse y pelearse aún más, sosteniendo los liberales que no deberían entregarse los negros y los conservadores que sí. La carta que extracto en seguida del intendente de Belice al gobierno inglés da idea perfecta de cómo se iniciaban las relaciones entre la poderosísima Albión y la naciente y debilísima Centro América. La carta es de 4 de marzo de 1826 y está fechada en la casa del gobierno "de Belice" (todavía no "British Honduras") dirigida al conde de Bathurst, alto funcionario del departamento de colonias, quien debía pasársela al primer ministro Canning. He aquí algunos párrafos que hablan por sí solos y dejan ver lo que Centro

América tenía que esperar de la señora de los mares. Comienza por dolerse de sus infructuosos esfuerzos para que Guatemala devolviera a los negros fugitivos, lo que "ha producido la desertión de los negros más buenos y mejor dispuestos" temiendo que ello redunde en "la pérdida por Gran Bretaña" de una influencia y situación altamente ventajosa para ella que domina en todo sentido todos los intereses de estas provincias. Tal pérdida es deseada no sólo por Guatemala sino por los Estados Unidos, ya que debe tenerse presente su memorable declaración de que no es compatible con los intereses americanos el que ninguna potencia europea posea un solo pie de tierra en el nuevo mundo. Añade que por las conversaciones que ha tenido con el ministro don Manuel Zebadúa a su paso por Belice (el primero que había intentado nombrar Centro América ante Inglaterra) está convencido de que no sólo no arreglará la cuestión de los negros sino que su objeto es la expulsión de los ingleses si puede. En suma, el ministro Zebadúa había evadido comprometerse a nada, tanto más cuanto que era el ministro de Estado de Centro América cuando llegaron las primeras protestas del intendente por lo de los negros fugitivos. "Por todas esas circunstancias pienso que es realmente necesario que V. E. sepa que esta república es la más impotente, en verdad la más insignificante, de todas las que han sido creadas recientemente". Habla de población, de nada que pueda llamarse ejército, ni un solo barco de guerra "y que si no hubiese sido porque la casa inglesa Barclay Herring le prestó grandes sumas no hubiera tenido ni para despachar un mensajero especial" (el diplomático Zebadúa). Y como ejemplo de su extrema debilidad, puede mencionar que el general mejicano Filisola, bajo el gobierno del emperador Iturbide "marchó de un extremo al otro al país (sic) con 600 soldados y lo ocupó para su señor"... Y para terminar: "Los Estados de Guatemala tienen conciencia de que sólo son poderosos en este único sentido: saben que en cierta forma un barco de guerra podría bloquear su república del lado del Atlántico"... "Encargado como estoy de la protección de los intereses de esta colonia (la de Belice) y estando amenazados por la ruina, pienso que sólo puede evitarse llevando al convencimiento de Guatemala que no le otorgará apoyo ni reconocimiento hasta conseguir satisfacción y seguridad".

Esta carta, como fácilmente comprenderán mis lectores, fue la pauta de la conducta que siguió el gobierno inglés para con Centro América, aguijonada además por el informe del emisario de sus majestades Mr. Thompson, lleno de tan sabrosas golosinas. El primer ministro Canning, que a fuerza de golosinas comerciales había al fin reconocido a las nuevas repúblicas sudamericanas, jamás quiso reconocer a la de Centro América.

En resumen, el primer acto de la tragedia centroamericana se desenvuelve entre el olvido de las profecías de Jefferson, por lo que hace a Estados Unidos y la feliz memoria que a su majestades británicas se consigna un concepto que debe ser memorable en la historia centroamericana. Un solo diplomático de una nación amiga —nos dice— llevado de su buena voluntad hacia Centro América, hubiera puesto paz entre los dos partidos disiden-

tes (que la llevaron a la disolución de la unidad nacional). Este diplomático —decimos nosotros— mal podría ser el de Inglaterra, que tenía tantos intereses que reajustar en Centro América. El único que debió haber sido, fue el de Estados Unidos, pero lejos de esto, a pesar de que Centro América se apresuró a nombrar su ministro ante ellos a raíz de la independencia, sólo andando el tiempo celebraron con ella un tratado general de paz, amistad y hasta de navegación, que no era lo que se necesitaba. En cambio, Inglaterra jamás perdió de vista a

Walter Scott, su célebre literato y político cuando le dijo a lord Patterson, que el que se adueñara de Centro América sería como el dueño de la llave de los jardines donde Aladino halló la lámpara maravillosa. Y mucho menos a sir Francis Drake, el pirata maravilloso, que un día le dijo a un gobernador de Panamá, cuando éste reprochaba sus fechorías: Dejaré de visitaros si me enseñáis el testamento de Adán por el que le haya dejado en herencia a los españoles la América.

El Segundo Error Diplomático Norteamericano en lo de Belice

Un secretario de Estado débil y un cónsul inglés que había leído a Calibán

Para los historiadores hispanoamericanos que tratan de explicarse en visión de conjunto y forma filosófica la evolución de la política internacional del continente, el tratado Clayton-Bulwer de 19 de abril de 1850 fue de una importancia definitiva en los destinos de América. Además de haber significado una transacción entre la Gran Bretaña, que en aquel entonces era considerada como la primera potencia marítima del mundo, y los Estados Unidos, que se hallaban en un momento de su historia en que ya iban alcanzando y hasta superando a aquella, a pesar de su juventud de sólo tres cuartos de siglo de edad, para la neutralización del futuro canal interoceánico, dicho tratado vino a constiituir la confirmación de la doctrina de Monroe, aunque no todo lo rotunda y comprensivamente que hubiera sido de desear, salvando a la América Central de que cayera en manos de aquella primera potencia marítima del mundo. De suerte que el tratado Clayton-Bulwer no sólo vino a ser una transacción indispensable entre las dos grandes potencias de Europa y América para restablecer el equilibrio en el respectivo esfuerzo por el dominio del comercio universal, que pendía del futuro canal, enderezando el fiel de la balanza, sino que vino a preservar la autonomía e independencia de Centro América o sea la parte más débil geográficamente del continente y a la vez el puente que une y hace posible la comunicación terrestre entre la América del Norte y la del Sur. En suma, la parte de América que da continuidad y preserva esa unidad geográfica del continente.

Pero por desgracia, en lo que respecta a la integridad del territorio centroamericano, a pesar de que el propio Mr. Clayton, autor del tratado, proclamaba que venía éste a ser el verdadero autor de la independencia centroamericana, el mismo secretario de Estado incurrió en una imperdonable falla al dejarse seducir por una sutil maniobra de Mr. Bulwer, el plenipotenciario de Gran Bretaña que debería suscribir el tratado. Como Belice no estaba precisamente en los caminos obligados del futuro canal interoceánico de Nicaragua, pasó por la debilidad de sacrificar directamente a Guatemala diciendo en una especie de enmienda al final del tratado, que Belice no estaba incluido en éste. Más tarde, ante las protestas del Senado por semejante enmienda, que venía a destruir la esencia misma del tratado, llegó, estando ya fuera de la secretaría de Estado, a excusarse al punto de decir que Belice no quedaba

en Centro América. De tal suerte que no sólo se colocó en contra de la realidad de toda la historia y de todos los mapas geográficos publicados durante la colonia y después de ella tanto en América como en Europa, sino que la propia Gran Bretaña, apenas nueve años después, se encargó de darle el más rotundo menfís, aunque desde luego en su propio provecho, al acudir a Guatemala para pedirle la celebración del tratado por el que Belice pasó a manos de Inglaterra. Nadie, pues, como los Estados Unidos, ahora que el referido tratado Clayton-Bulwer hace tiempo pasó a la historia, más obligados que nadie, moral y equitativamente hablando, a deshacer el enorme daño que una debilidad de su secretario de Estado Mr. Clayton, le infirió al territorio centroamericano, dejándole enterrada tan honda espina como es la de Belice. Nadie más que los Estados Unidos están llamados a reparar aquel daño, en honor a la memoria de los grandes patricios que más claramente comprendieron la imperiosa necesidad ideológica de la unidad y la solidaridad efectiva continentales: John Quincy Adams, Monroe y Jefferson.

La furtiva y forci voluntaria "enmienda" introducida por Mr. Clayton no podía producir, en todo caso, como lo expuso y defendió ante la Cancillería británica en aquel entonces el embajador de Estados Unidos, Mr. James Buchanan, más tarde presidente, sino que se considerara fuera del tratado la pequeña parte de Belice sobre que España había concedido a Inglaterra el parcial usufructo de poder cortar maderas, sin referirse para nada a los derechos legítimos que a Guatemala o a Gran Bretaña pudieran corresponder sobre la soberanía definitiva. Y hoy día, al contemplar un mapa de lo que era ese pequeño territorio dado en usufructo y compararlo con el inmenso sobre que Gran Bretaña se extendió, no puede menos de resaltar, en la forma más cruel, la sangrienta violación del tratado Clayton-Bulwer en que incurrió la que era entonces primera potencia del mundo, al obligar con toda clase de argucias a Guatemala a firmar el tratado de cesión de Belice, de 1859.

Pero en el plan inapelable de quedarse a toda costa con Belice como foco de irradiación sobre toda Centro América, ningún tratado con Estados Unidos, en aquel entonces, le importaba a la señora de los mares. La carta del mayor general Codd, intendente de Belice, y el informe del emisario Mr. Thompson, eran la pauta a seguir. La biblia orto-

doxa inflexible que deberían aprenderse de memoria los centroamericanos: primero, no reconocerlos como nación; segundo, trabajar todo lo que fuera necesario por dividirlos en cinco pedazos...; tercero, "los centroamericanos sólo deben saber una cosa: que un crucero despachado a tiempo los hará razonables...". Era la continuación de sir Francis Drake: la piratería dirigida desde Downing Street bajo la inspiración de los profetas: los intendentes de Belice. A uno de estos se le había ocurrido, mucho antes que al mayor general Codd, algo maravilloso para completar la divina comedia del Caribe: inventar un reino de la Mosquitia sin límites fijos sobre la costa atlántica de Honduras y Nicaragua, y un rey mosco para hacerlo hijo adoptivo y cuasi hermano de los reyes y reinas de Inglaterra.

Si Belice debería de servir de centro y capital del pequeño imperio inglés del mar Caribe, el llamado "protectorado" sobre la Mosquitia proporcionaría a Inglaterra toda la tela necesaria para tejer hasta donde hiciera falta el sudario para envolver los despojos de la soberanía centroamericana. Los reyes moscos, cuya realaleza ningún país del mundo reconocía ni debería comprender excepto Inglaterra, cuyos monarcas trataban de "primos en primer grado" a aquellos, eran consagrados en la iglesia anglicana principal de Belice con arreglo a la liturgia y ceremonial de la corte británica. Pero las concesiones que los tales reyes daban a los extranjeros, especialmente si eran ingleses, sobre tierras de Honduras y Nicaragua, más extensas a veces que el propio territorio geográfico de ambas, las brindaban por sí y ante sí. Oigamos este caso del rey mosco que nos refiere un notable historiógrafo centroamericano: "El regio zambo, papanatas desde que nació, diariamente se embriagaba, al extremo de que sus vasallos le designaban "Tapón de cuba", pues tragaba más ron de Jamaica que un tonel sin fondo.

"En una de sus sonadas papalinas, celebró con Samuel y Pedro Shepherd, nativos de Georgia, pero que se hacía pasar como ciudadanos británicos, el

siguiente contrato:

1º Su majestad cede 25 millones de acres de sus dominios a Samuel y Pedro Shepherd.

2º Los cesionarios pagarán al rey mosquito cien cajas de Whisky y veinte fardos de zarazas (género muy del gusto de las mujeres mosquitas para confeccionar sus livianos trajes).

3º Los derechos y obligaciones estipulados en el referido instrumento público, podrán ser traspasados a cualesquiera otra persona o compañía nacional o extranjera".¹

Tales eran los contratos del rey mosco, el aliado y protegido de Inglaterra. Pero lo más importante era que la Mosquitia pudiera extenderse sobre la costa atlántica de Centro América y de Panamá hasta donde lo necesitara en un momento dado Gran Bretaña, y así fue cómo en vísperas de que terminara la guerra de Estados Unidos con México y cuando de pronto habían surgido ante el atónito mundo los inagotables ríos de oro de California, la diplomacia inglesa creyó que era el momento de actuar con más energía sobre "su imperio" del mar Caribe. Y así hizo que el rey mosco declarara que sus dominios alcanzaban hasta el puerto de San Juan del Norte, la puerta de entrada y salida del presunto canal por Nicaragua. El superintendente de Belice, en compañía del rey mosco, y a bordo de la fragata inglesa "Tweed", desembarcó en dicho puerto con todas sus tropas, y al son de trompetas y cañones procedió a arriar la bandera de Nicaragua y a izar la del rey mosco. Desde luego, ante las terminantes protestas de Nicaragua, el cónsul Frederick Chatfield, único diplomático inglés, que aunque no era más que cónsul, es decir un agente comercial, se sentía con más fuerzas que Sansón ante los "filisteos" centroamericanos y sin duda se sabía de memoria el "Calibán" de Shakespeare como para poder aplastar la ya de por sí desvencijada federación centroamericana, declaró "que era legítimo el comportamiento de sus compatriotas". Peores cosas había declarado, como seguiremos viendo.

Una Diplomacia Cruel Ante los Sueños de Centroamérica por el Canal

Mientras Inglaterra tuvo la esperanza de ser ella quien abriera el canal interoceánico a través de Centro América, esperanza que se convirtió en convicción desde los lejanos tiempos en que derrotó a la "Amada Invencible" de Felipe II, que desdeñaba las cosas terrestres por soñar en las divinas, aquella estrecha faja de tierra por donde se daban la mano las dos Américas y casi un abrazo los dos océanos, fue marcada como la víctima propiciatoria. Si España llamó "tierra firme" a Panamá y la serie de istmos que le servían de escudo por el norte, Belice fue el primer paso de Inglaterra para poner el pie en esa tierra firme durante los siglos coloniales. España cada vez podía menos como para no quitarle lo que quisiera en los tratados que se escribían en el papel al fin de las frecuentes guerras en que Inglaterra hacía de actor principal y España de segunda. Con la independencia de Centro América en 1821, ya sin el estorbo de España, que por lo menos solía despachar contra los beliceños sus maltrechos navíos de guerra, la cosa era ya mucho más fácil: Belice podía extenderse hasta donde quisiera,

hacer dependencia suya a Roatán y las otras cuatro pequeñas islas del golfo de Honduras y toda la costa mosquitia hondureña, nicaragüense, panameña o la que hiciera falta, y llegado el caso, como efectivamente llegó a mediados del siglo XIX, prolongarla hasta el Pacífico y la bahía de Fonseca. Una sola fue en tal sentido y a pesar de sus promesas en contrario a los Estados Unidos, la política de Canning, que aunque teniendo que aventurarse por los hielos traidores y las peligrosas encrucijadas del estrecho de Magallanes, se enseñoreaba con sus barcos comerciales de la costa pacífica y atlántica de Sudamérica. Y la misma fue la política de sus sucesores Mr. Aberdeen y Mr. Palmerston. Tres personas distintas y un solo gavilán verdadero para el desnudo nido centroamericano.

De suerte que durante todos esos largos cinco lustros que mediaron entre la independencia de Centro América y el tratado Clayton-Bulwer, bien pudo decir aquélla (Centro América), parodiando una cé-

1. Dr. Salvador Calderón Ramírez. Alrededor de Walkker, Págs. 55 y 56, El Salvador.

lebre frase de Juan Montalvo al referirse a los indios y aplicándola esta vez a la historia de los ingleses en Centro América: "Si mi pluma tuviera don de lágrimas yo escribiría un poema que haría llorar al mundo". O mejor, si se quiere una frase del mundo anglosajón, lo que decía Mr. Abbot Lawrence, ex embajador de Estados Unidos en Inglaterra al propio Mr. Clayton, en vísperas del tratado Clayton-Bulwer y como por vía de prevención contra las artimañas de la diplomacia inglesa en Centro América: "En cualquier momento en que se ponga ante el mundo la historia de la conducta de Gran Bretaña no resistirá una hora ante el jurado de la opinión pública sin ganarse la condenación universal".¹

Y en efecto, al paso que Centro América enviaba a Inglaterra a uno de sus más esclarecidos ciudadanos, don Marcial Zebadúa, creyendo que con razones y demostraciones históricas convencería al conde Bathurst y al jefe del gobierno inglés en Londres, éstos, en reciprocidad, le enviaban a un simple cónsul pero armado de una espada con todo el filo necesario para cortar el nudo gordiano del futuro canal. Y este cónsul, Mr. Frederick Chaffield, tantas veces nombrado no pudo llegar más a tiempo pues el último episodio de la expansión inglesa en Belice acababa de pasar. El ilustre doctor Mariano Gálvez, jefe del Estado de Guatemala en la Federación, para atajar el avance de los ingleses había decretado una concesión en el departamento de Alta Verapaz, aquende el río Sarstún, hasta el que habían llegado los beliceños e Inglaterra se adelantó con sus planes propios. Ella, que conocía tan perfectamente las siete vueltas del río Dulce y el golfete y el lago de Izabal, que más de una vez habían sido escenario de las audacias de sus piratas (como que en el mismo Castillo de San Felipe, sobre el golfete, habían desvalijado al capitán general don Jacinto de Barrios Leal a pesar de que a ese título sumaba el de general de los ejércitos de su majestad católica) proponía colonizar con gente suya o de Belice la Verapaz. Ya hasta el nombre de la capital de la nueva colonia tenía bien escogido: Abbot Will, en el punto mismo en que el río Polochic empieza a ser navegable para desembocar en el golfo.

De más está decir que ésta o cualquiera otra propuesta hecha por los ingleses tenía toda la ironía de la frase aquella de "al ladrón entregarle las llaves". Precisamente la venta a extranjeros de tierras en la Verapaz tenía por objeto, según lo había expresado el doctor Gálvez, que "los beliceños dejaran de robar toda la costa". Y por eso un año más tarde, en vista de que la estratagema inglesa había sido buena parte en el frustamiento de la proyectada colonización, se dirige al Congreso con las siguientes declaraciones: "Estamos en el caso de negar nuestro comercio a ese establecimiento, que vive y se engrandece de nuestro sacrificio (Belice)... Hemos sido ya demasiado pacientes y sufridos... Yo convoco a todos los que amen la integridad del territorio y a quienes afecte el honor nacional y no el celo equivocado o quizás sugerido por los mismos usurpadores. Los extranjeros que se quieran

hacer miembros de la república y súbditos de sus leyes, pueden avocindarse entre nosotros y gozar de las ventajas que ofrece su suelo; los que vengan a disputarnos una sola parte de él, los que quieran ser en Centro América moradores de dominios auropeos son nuestros enemigos... El retardo del reconocimiento de nuestra independencia por el gobierno inglés, es toda obra de la infamia y de la intriga de los belicenses".

Tuvo razón de sobra Mr. Chaffield en dirigir la punta de su espada contra Gálvez, que pertenecía al partido liberal y odiaba además cordialmente al enemigo número uno de Guatemala: los contrabandistas beliceños que se robaban desde su territorio hasta su comercio. No tardó en presentarse la ocasión de sacar a relucir su lenguaje, a la altura de su diplomacia. Con motivo de una de las mil y una conspiraciones y sublevaciones que eran el pan de cada día en aquel primer período de la vida "independiente", que en toda Hispanoamérica se manifestó bajo las formas de "la anarquía criolla", dirigió a Gálvez una nota se leen estas palabras: "No es desde ahora que los gobiernos extranjeros saben que S. M. está siempre determinado a asegurar a los súbditos británicos que residen pacíficamente en países lejanos, prosiguiendo sus ocupaciones lícitas, aquella protección poderosa para el pleno desagravio de toda agresión; y por esto me hago el honor de recordar a usted, señor, que Centro América y sus ciudadanos serán responsables de la seguridad de las vidas y propiedades de las súbditos de S. M. Británica residentes en su territorio". Y lo peor de todo era que Mr. Chaffield sentaba cátedra entre los demás escasos cónsules con que Europa nos honraba no queriendo llevar esa honra hasta enviarnos ministros diplomáticos o siquiera encargados de negocios, lo que hubiera sido en ella inconcebible. En cambio el cónsul inglés, que pensaba en Oxford o Edimburgo, aleccionaba a sus colegas. Había un señor encargado del consulado general de Francia y que hablaba con una claridad el español que hacía pendant con la de su apellido, Monsieur Clairambault, y quien en su nota con idéntico motivo quiso ser aún más claro que su colega inglés. "Debo anticipar a V. E., le decía al gobierno del Estado de Guatemala, (no teniendo en cuenta para nada que existía un gobierno federal) que el gobierno de S. M. el rey de los franceses, mi augusto soberano, tomará la más terrible venganza si el deecho de gentes llegase a ser violado de cualquiera manera respecto a las personas de los franceses o de sus propiedades en este país, etc." Y para demostrar su sapiencia en materia diplomática firmaba únicamente Clairambault, es decir con sólo media firma, sin duda para demostrar mejor su conocimiento en ese derecho de gentes que invocaba. Así andaban las cosas en Centro América y la diplomacia extranjera. Y pensar que, como repetidamente lo había dicho en su informe y hecho público el primer emisario inglés y verdadero diplomático que nos había enviado Inglaterra, Mr. George Alexander Thompson (1825-26), de quien ya he hablado, un solo diplomático de buena voluntad y de un país poderoso hubiera reconciliado a la familia centroamericana y hubiera quizá logrado mantener la unión.

Pero Mr. Chaffield no traía sino una espada

¹ Carta del ex embajador Lawrence al secretario de Estado Mr. Clayton, 5 de abril de 1850. Documentos del congreso de Estados Unidos, sección segunda, documento N° 34 Pág. 73, en la Librería del Congreso, Washington, D. C.

bien filuda, como he dicho, y la misión de cortar nudos gordianos. ¡Y ningún país de Hispanoamérica con más nudos! ¡Cómo que el último y principal era cortar el istmo para abrir el canal! Y esto requería muchos cortes previos, entre ellos, el principal, cortar en cinco tajos la unidad centroamericana, que pretendía nada menos que hacer por su cuenta y riesgo el canal o cuando menos que lo

abriera una nación o compañía particular extranjera pero dándole a Centro América una participación equitativa en las ganancias, capaz de librarla de sus angustias financieras, y sobre todo una compañía o nación que fuera capaz de brindarle el canal al comercio de todas las naciones y colocar en su más alto mástil la bandera universal. ¡Cuánto hermoso sueño!

Los Estados Unidos Duermen y los Ingleses se Aprovechan

John L. Stephens, primer diplomático de verdad

No cabe duda. El cónsul inglés Mr. Chatfield, cumplió a maravilla su papel de árbitro de los destinos de Centro América. Ni Diógenes el Cínico, con su linterna, hubiera encontrado un hombre del cinismo que necesitaba Mr. Aberdeen para ceñirse tan cumplidamente a la diplomacia que había trazado en su carta al conde de Bathurst el mayor general Codd, intendente de Belice, a la hora de la independencia de Centro América. Negarle el reconocimiento o concedérselo tan a medias que quedaba descartada toda posibilidad de tratar con ella asunto tan grave como el de la apertura del canal. Este asunto debería tratarse exclusivamente con Nicaragua, hecha república independiente y soberana. Y para ello había que destruir la unidad federal, comenzando por hacer de las Islas de la Bahía hondureña una dependencia de Belice y extender luego la Mosquitia hondureña y nicaragüense hasta donde hiciera falta, quebrantándose los huesos para ancharla o alargarla, según conviniera, como se había hecho con Belice. Para eso servía el conocimiento de la mitología, con su mágico lecho de Procusto. Sólo faltaba tener listos los cruceros para asustar con ellos a las cinco repúblicas liliputienses, como por fin lo hizo Inglaterra en 1848, y no olvidó volver a hacerlo un siglo más tarde, en 1948. En aquella primera ocasión, para defender el Protectorado de la Mosquitia y en esta última para defender Belice, su primera conquista y la única que le queda ya en Centro América.

De tal manera se sentía cónsul de Inglaterra Mr. Chatfield que cuando el gobierno de la Federación, tratando de salvarse, buscó refugio en San Salvador, de donde los terremotos lo echaron a la humilde ciudad de Cojutepeque, Chatfield hizo imprimir y circular una hoja suelta, haciendo saber que la Federación había muerto.¹ Se daba perfecta cuenta de que tenía que luchar con un enemigo número uno, que era el tiempo. El tiempo estaba a favor de los Estados Unidos y además la distancia. La conquista del Oeste, obra de titanes, la guerra victoriosa con México, obra de la codicia expansionista y las montañas de oro de California, milagro de la mitología moderna, estaban contra Inglaterra y su muy digno cónsul en Centro América. Y a pesar de que éste, como los primitivos cónsules de la antigua Roma, se sentía con más poder que los primeros siete reyes de la que fuera dueña y señora del mundo.

Entretanto, como también ya lo he dicho, los Estados Unidos procedían sin darse cuenta, o dán-

dosela muy a medias, de la enorme importancia que representaba Centro América en los destinos de un futuro canal interoceánico, y al paso que ellos procedían perezosamente no se cuidaban de salirle al paso a la acometividad desenfrenada de Inglaterra. Los principales autores de la independencia centroamericana habían puesto los ojos desde los primeros días en Estados Unidos, comprendiendo que ellos, por su creciente poderío, eran los llamados a ser el amigo de sus vecinos, los pueblos hispanoamericanos. Además, los principios de Washington, Jefferson y Franklin, eran los que habían tenido presentes los próceres de la independencia, primero, y de las Provincias Unidas de Centro América, más tarde. Uno de los más notables, por ser de los primeros que trabajaron por esa independencia en la provincia de San Salvador, don Juan Manuel Rodríguez, había sido seleccionado para acudir al Departamento de Estado cuando dicha provincia se debatía contra las tropas imperialistas de Iturbide; y en 1824 el primer ministro centroamericano ante el gobierno de Estados Unidos, don Juan José Cañas, es nombrado, concertándose aquel primer tratado de paz y amistad a que he hecho referencia. La América Central, que había adoptado en su Constitución o querido imitar al menos la de los Estados Unidos, tenía puesta toda su confianza en las doctrinas americanistas de Adams y de Monroe.

Pero ello no obstante los historiadores norteamericanos contemporáneos que también ya he citado, se expresan así: "Ni los tres gobiernos democráticos ni tampoco el primer gobierno Whig quisieron reafirmar la Doctrina Monroe. En realidad los Estados Unidos facilitaron a Inglaterra —aunque no intencionalmente— la toma de las Islas Malvinas, ocupadas por la Argentina en 1833. Unos escuadrones de la marina francesa sitiaron en 1838 Veracruz y La Plata, y los ingleses se apoderaron de las Islas de la Bahía en la costa de Honduras, y del puerto de San Juan en Nicaragua, sin que los Estados Unidos protestaran en lo absoluto".¹

Sin embargo se debe recordar que ya el gran americanista John Quincy Adams había mostrado desde 1828 su pesar porque la situación de Centro América, hundida en la guerra civil, que al fin dio al traste con la Federación, no permitiera adelantar prácticamente el tratado comercial y de paz y amistad celebrado con aquel primer ministro Cañas, en 5 de diciembre de 1825. El mismo gran presidente en Centro América, que sin duda hubiera sido de utilidad decisiva para hacer abortar el maquiavélico plan de Downing Street el Cónsul Mr.

¹ John L. Stephens. *Central América, Chiapas and Yucatan*, Vol. I, Pág. 302, Londres, Editorial Murray, 1842.

¹ Morrison y Commager. Ob. citada, T. I, Pág. 551.

Chatfield. Por desgracia ese primer encargado de negocios de los Estados Unidos, Mr. William Miller, había fallecido en Cayo Hueso al venir a Centro América.² El Departamento de Estado nombró en su lugar a Mr. John Williams, que había firmado el canje de ratificaciones de aquel primer tratado, y extendido el exequátur el 8 de mayo del mismo año 26, al paso que se había nombrado el año anterior cónsul de Estados Unidos en Centro América a Mr. Carlos Savage, de grato recuerdo ya que puso cuidado en insistir a cada paso para que no se dejara acéfala, ni por un momento, la representación diplomática de la gran nación de Centro América, amenazada de división, fragmentación y muerte por la política inglesa.¹

Por su parte el general Jackson en su tercer mensaje presidencial al Congreso (1831), hablaba ya de la marcha regular de aquel tratado y ponía todo énfasis al referirse a las grandes perspectivas que para el comercio norteamericano ofrecía Centro América "si el magnífico proyecto de un canal a través de su territorio para el paso de barcos, ahora contemplado tan seriamente se llevaba a cabo"²

En cuanto al presidente Van Buren y, sin duda por la tenaz insistencia de Mr. Savage, que se daba perfecta cuenta del error de los Estados Unidos al tener a Centro América abandonada en manos de los ingleses, y por insinuaciones del Senado, además, nombró a Mr. Charles de Witt, encargado de negocios en 1838, con el principal objeto de renovar el tratado que había expirado el año anterior. El tratado se suscribió, pero más o menos sobre las mismas bases del anterior, que nada de lo que se necesitaba urgentemente había solucionado. Para colmo, ni siquiera pudo ratificarse dentro de los ocho meses prescritos por haber tenido que abandonar el país Mr. de Witt, habiéndole tocado en su patria la misma suerte que había tenido el tratado, o sea expirar. Mala fortuna tenían los diplomáticos de Estados Unidos, como que si la muerte estuviera también de parte de Mr. Chatfield. El nuevo encargado de negocios nombrado para Centro América, Mr. Shannon, murió de fiebre apenas había puesto los pies en nuestra costa atlántica. Parece que el paso por Belice les atraía la mala sombra perdurable del mayor general Codd. Vuelto a nombrar de otro encargado de negocios, Mr. Leggett, y vuelta a morir éste. Mr. Leggett sucumbió, probablemente de otra fiebre, antes de tomar posesión de su cargo. Y fue entonces cuando Mr. Van Buren tuvo la felicísima ocurrencia de nombrar diplomático para Centro América a uno que no era diplomático de profe-

sión, pero que en cambio superaba a todos los diplomáticos habidos y por haber en talento, espíritu de investigación y personal sacrificio: el célebre John L. Stephens, trotamundos infatigable que en sus viajes por el norte de África y el Cercano Oriente había sentido la atracción de la Esfinge y la pasión por desentrañar los misterios de la marcha del hombre a través de milenios y civilizaciones. Y al propio tiempo, un hombre conocedor de los hombres y del mundo, capaz de ahondar en la realidad de la tragedia cruenta porque atravesaba Centro América.

El mundo le debe el descubrimiento en Centro América de la civilización Maya, la más alta cima que alcanzó el Nuevo Mundo precolombino. A este respecto quizá no esté de más recordar que en un artículo que publiqué en La Prensa, de Buenos Aires, el 15 de septiembre de 1940, con motivo del primer centenario del viaje de Stephens a Centro América y la publicación de su maravilloso libro "Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan", que mereció el inaudito honor de diez ediciones en sólo un año, tanto en Estados Unidos como en Londres, lo rebauticé con el título de "Padre del mayismo", y que tal rebautizo tuvo la suerte de ser apadrinado y adoptado por uno de los más grandes mayistas de la historia, Alfred Marston Tozzer, del Peabody Museo, Harvard University, en el artículo que le dedicó al mismo centenario... (Stephens and Prescott, Bancroft and Others, en Los Mayas Antiguos, págs. 33-60, El Colegio de México, Fondo de Cultura, 1941).

Si Stephens no hubiera hecho otra cosa, con sólo ella se habría ganado la eterna gratitud de los guatemaltecos, ya que data de entonces el gradual encumbramiento de la civilización Maya hasta la cúspide de todas las culturas americanas anteriores al descubrimiento en que hoy está colocada por el unánime parecer de arqueólogos, antropólogos e historiadores, sin excluir a Arnold Toynbee, el más famoso filósofo de la historia del mundo, en nuestros días. Pero Stephens hizo más por nosotros: en su viaje por el interior de la América Central, lleno de toda clase de peligros, mortales algunos de ellos, dada la ferocidad de la lucha de los partidos políticos y su cosecha de vagos y maleantes que por todas partes dejaba (tres mil millas en ocho meses, a caballo y hasta a pie), nos estudió con paternal benevolencia, y en sus páginas nos legó los comentarios más imparciales que pueden servir un día para escribir una verdadera historia centroamericana de nuestros primeros veinte años de vida independiente. Pero algo más, en su informe confidencial al gobierno de los Estados Unidos, subrayó repetidamente el error de habernos tenido abandonados a merced de cónsules ingleses como Mr. Chatfield.

² Mensaje del presidente de Centro América, don Manuel José de Arce, al Congreso, 1826.

¹ Periódico "El Indicador". Guatemala, mayo 1826. Gaceta Suprema de Guatemala, 1825.

² Compilación de mensajes y papeles de los presidentes, por James D. Richardson, 1910.

Cuando Estados Unidos se Acordó de Enviarnos un Verdadero Diplomático

John L. Stephens reverso de la medalla de Chatfield

La verdad es que si los Estados Unidos hubieran tenido la rara oportunidad de enviar como su primer diplomático a Centro América, cuando reconoció nuestra independencia (al no más habernos

dado un gobierno propio), a un hombre de las condiciones de carácter y alta visión humanista de Mr. John L. Stephen, de seguro hubiera podido cumplirse la malograda profecía de Mr. George Alexander

Thompson, primer emisario de sus majestades británicas para auscultar la situación de México y Centro América a raíz de esa independencia: "En Guatemala, (es decir en lo que luego se llamó Centro América) el agente diplomático de cualquiera potencia de prestigio habría podido apaciguar, probablemente, la querella, con un poco de tacto". Y este apaciguador no subiera podido ser otro que Mr. Stephens, que no era precisamente un diplomático al estilo que la palabra se entendía entonces, equivalente a persona solemne, encargada principalmente de celebrar tratados de paz y amistad y de toser fuerte al hablar de su país. Ya lo he dicho: Stephens distaba mucho de ser un diplomático de profesión, pero en cambio era un hombre de humanidad, amigo de acometer grandes empresas como la de buscar los orígenes humanos en las más oscuras encrucijadas de las razas y las civilizaciones. Por eso había recorrido Egipto, la Arabia Pétreá y la Tierra Santa y había publicado los incidentes asombrosos de su viaje por Grecia, Rusia, Polonia y Turquía. Y no sólo ahondaba hombres y sociedades con mirada sutil sino trataba de desentrañar los misterios de los pasados milenios, sin que cosas tan grandes le impidieran tener siempre sonrisa en los labios y un gesto de ternura en el corazón: lo primero que hizo al llegar a las desoladas playas de Livingston, en la Guatemala de entonces, fue buscar la tumba ignorada de su paisano y antecesor Mr. Shannon, limpiarla de malezas, rodearla de una empalizada y hacer sembrar en ella un cocotero. Y cosa tan sentimental no debería impedirle más tarde, después de haber descubierto en Centro América, Chiapas y Yucatán el secreto de la gran civilización Maya, perdida en las selvas y en el recuerdo de los hombres, ser el fundador de la primera compañía de navegación a vapor de los Estados Unidos y uno de los iniciadores del ferrocarril interoceánico de Panamá.

Pero para Centro América tuvo el singularísimo mérito de buscar a toda costa el mantenimiento de la unidad nacional, es decir todo lo contrario de lo que buscaba el cónsul y árbitro inglés Mr. Chatfield. Si por salir en busca de Copán, a través de caminos inaccesibles hasta para las cabalgaduras y descubrir sus secretos, tuvo que habérselas con un oficial, un alcalde y una turba de soldados que no sabían lo que era un pasaporte, y menos lo que era un diplomático, que no sabían leer sino apuntarle con sus armas o amenazarlo con sus machetes y que lo tuvieron preso y bien custodiado durante toda una noche (a Mr. Stephens y a su compañero de trotamundismos el gran dibujante Mr. Catherwood), para salir en busca de los restos del gobierno federal de Centro América, después de un alfercado con el Ministerio de Relaciones Exteriores del Estado de Guatemala, que bajo ningún concepto quería visarle el pasaporte, tuvo que afrontar la grave amenaza de que "un tal Rascón, con una partida de insurgentes lanzados al pillaje, ocupaban una región intermedia del país sin reconocer a ningún partido y peleando bajo su propia bandera". Y Mr. Stephens, tras la experiencia de Camotán, en que "los indios vestidos de soldados" —como diría Pepe Batres— no sabían lo que era un pasaporte y la del Ministerio de Relaciones en que la escasa gente ilustrada

tampoco lo sabía o la pasión y los odios políticos la obligaba a no saberlo, tuvo que recorrer el país de cabo a rabo, desde la capital de Guatemala, dominada entonces por Carrera y los conservadores, a través de San Salvador y Cojutepeque, dominados por Morazán y los liberales, hasta Nicaragua y Costa Rica, que no sabían por quién estaban dominados. Mr. Chatfield, más prevenido, se había venido a Centro América por mar. Mr. Stephens se iba a lomos de mula, de jornada en jornada, a través del pequeño infierno de una guerra civil cuyos catorce años de duración venían a ser casi una especie de "Noche de San Bartolomé".

Pero Stephens buscaba (ya bien tarde por cierto) hallar un gobierno en Centro América, o por lo menos una posibilidad de que el desastre de Centro América no fuera tan completo, como quería Inglaterra. Buscaba la posibilidad de que los Estados Unidos, ya por sí o por una compañía particular, abriera el Canal, sin que ello implicara la muerte de Centro América, como una sola nacionalidad, ni el monopolio del tránsito interoceánico en favor de una sola nación.

Sus ideas sobre nuestra política y nuestros hombres de esa época son dignas de recordarse por su imparcialidad dentro de su criterio avanzado, humanista y universalista. Al acaso me referiré a alguna. Nos cuenta, por ejemplo, que la frialdad y desconfianza que le mostró siempre el gobierno de Guatemala "se ha debido al partido dominante".¹

Aunque sus análisis no son profundos porque indudablemente no se había dedicado, ni poco ni mucho, a estudiar nuestra historia, en cambio su rápido instinto de comprensión y sus experiencias de los pueblos que había visitado, le hacen formular síntesis, muy atinadas. En su primer análisis de la situación política acierta a herir las causas y razones profundas. El haberse dejado desde el tiempo de la conquista española una inmensa población indígena menospreciada como paria, cuando formaba nada menos que las tres cuartas partes del país: quebrantadas sus creencias, quiso sustituirse por otras que no estaban de acuerdo con el temperamento racial ni con la preparación del rudimentario intelecto indígena. Bien pudo habernos dicho Stephens, si se hubiera adelantado un siglo a los conocimientos que se tenían entonces de las razas y las conquistas, que el más profundo daño estribó en que se produjo el choque de una civilización occidental tan meztizada de "cristianos viejos", moros y judíos, como era la española, con otra que era fundamentalmente oriental. Pero sin entrar a tales profundidades, Stephens señala que aquel forzoso silencio de tres siglos de la raza vencida tuvo su despertamiento a la hora en que se hallaba en plena anarquía el pequeño grupo criollo. Ya sin la autoridad del rey de España le fue fácil a Carrera, representante de las razas indígenas y aún mestizas, caer sobre esa clase criolla, que no sólo era exiguo en número sino que había aparecido dividida desde el momento en que se declaró independiente de España y tuvo que afrontar los problemas del porvenir, de los que estaba en ignorancia completa. El

¹ Incidentes de viaje en Centro América, Chiapas y Yucatán, por John L. Stephens, traducción al español de Benjamín Mazariégoz Santizo, revisado por Paul Burgess, A. B., E. D. Ph. D., 1839. T. I, Pág. 235.

monstruoso espíritu partidista —nos dice textualmente Stephens— fue mecido en la cuna misma de su independencia e inmediatamente se manifestó la línea divisoria entre los partidos aristocráticos y democráticos... "El primero, como nuestro partido federal, abogaba por la consolidación y la centralización de los poderes en un gobierno federal, y el segundo peleaba por la soberanía de los Estados. El partido central lo componían algunas pocas familias principales que por razón de ciertos privilegios de monopolio para la importación bajo el antiguo gobierno español, asumían el aire de nobleza, sostenida por los curas y frailes y por los sentimientos religiosos del país. El partido liberal estaba formado por hombres de inteligencia y energía que sacudieron el yugo de la Iglesia romana, y que en el primer entusiasmo de sus emancipadas conciencias rasgaron de una vez el negro manto de la superstición, que cual paño funerario estaba tendido sobre el espíritu del pueblo. Los centralistas deseaban conservar las costumbres del sistema colonial y resistían cada innovación y cada ataque, directo o indirecto, sobre los privilegios de la Iglesia y sobre sus propios prejuicios e intereses. Los liberales, ardientes, y acariciando brillantes proyectos de reforma, anhelaban un cambio instantáneo en los sentimientos y costumbres populares y creían que estaban perdiendo preciosos momentos para establecer algunas nuevas teorías y barrer algunos de los viejos abusos".

Hecha la síntesis de los dos partidos en pugna, fácil le fue al viajero escritor y diplomático encontrar la clave del desastre general: la inmensa masa de población era indiferente a cuanto sucedía en los partidos y se dejaba simplemente arrastrar por los acontecimientos con la fatalidad que lo ha hecho siempre. Mientras tanto, los dos partidos que no formaban sino una minoría exigua, se combatían a muerte, estando ambos equivocados en su intransigencia. "Los centralistas —nos añade— olvidaron que la civilización es una deidad celosa que no admite particiones ni pueden permanecer estacionaria. Los liberales olvidaron que la civilización requiere una armonía de inteligencia, de costumbres y de leyes... A la tercera sesión del Congreso los partidos se declararon en abierta pugna..." Nos narra enseguida los horrores de la guerra civil. El atroz e inconcebible asesinato a manos de las turbas,

del vicejefe de Guatemala don Cirilo Flores, nos cuenta cómo para hacer todavía mayor la insensatez de los criollos, los mayores corifeos de las teorías y retóricas liberales, Barrundia y Molina, le hicieron la guerra a muerte a Gálvez, que era el menos teórico de todos, ayudando con ello a que las masas indígenas, levantadas en la montaña a la voz de Carrera y al grito de "viva la religión mueran los herejes", le dieran la puntilla a la clase criolla, cuya unión indisoluble, como lo hicieron los conquistadores ante los pobres ejércitos indígenas, hubiera sido la clavve de su triunfo y de abrirse paso al porvenir. En aquel tiempo —nos dice— los conservadores o centrales le tenían más miedo a Carrera que a los liberales. ¡Oh aberraciones del sentido político de nuestros mayores! Como aquella de haberle birlado con todas las de ley, la primera presidencia de la república al sabio José Cecilio del Valle, que por lo menos hubiera sido recto e incorruptible en sus opiniones, para dársela a un general, don Manuel José Arce, que aunque heroico a la hora de la defensa de la libertad del terruño, no sabía nada de las precoces artimañas y oscuras emboscadas de la política criolla.

Sencillamente maravilloso resulta Stephens cuando nos describe las costumbres de la época: la profesión de una monja, cuadro lleno de colorido, de inciensos y perfumes, que bien lo hubiera querido para sí nuestra venerable Gaceta de 1729, tan pródiga en esta clase de descripciones de sacristía o como la de una procesión, en que los enjambres de diablos coludos constituían el principal punto del programa. Pero las descripciones de los horrores de la eterna guerra civil que aún le tocó vivir en Centro América, son el lado más fuerte para la reconstrucción histórica. El, como buen norteamericano de la escuela de los que crearon la independencia y la república, no puede comprender cómo cinco retazos que podrían formar entre todos una respetable nación, se devana los seos buscando la manera de que Centro América vuelva a ser lo único que debía haber sido: una sola patria. Y como ve que sus hijos cada día imposibilitan más la obra pone sus ojos en un canal interoceánico, abierto a todos los vapores del mundo, que por la fuerza de las circunstancias traiga la paz y la civilización a los centroamericanos.

El Proyecto de Canal por Nicaragua y las Primeras Desdichas de Centro América

Si los ingleses habían sido el enemigo número uno de las posesiones españolas de América durante la colonia, no podía esperarse que esta situación cambiara cuando ya ni siquiera con la relativa fuerza y la oposición de España podían tropezar. Si aun poniendo España en acción sus fuerzas de mar y tierra se habían aferrado a Belice e inventado un "protectorado" sobre una faja de tierra sin límites en las costas de Honduras y Nicaragua, no era de esperar que ahora que Centro América se quedaba sola y sus pequeñas parcelas haciéndose pedazos en la más necia, inconcebible y a la vez más inevitable guerra civil, Inglaterra no tratara de aprovecharse y sacar el mejor partido del caos centroamericano. Era la hora del canal y desperdiciarla hu-

biera sido sencillamente estúpido, ya que por otra parte, los propios centroamericanos, tan aficionados a los juegos de cañas, los cohetes y los castillos de pirotecnia, desde la fundación de la muy noble y muy leal Santiago de los Caballeros, les abrían la puerta.

Durante la colonia no había preocupación por crear o fomentar empresas de prosperidad pública. Sólo un nombre encontramos, en toda la bibliografía colonial, que se haya preocupado en serio por levantar planos y escribir sobre las ventajas que a toda España, y en particular al reino de Guatemala, traería la apertura del canal: el ingeniero y fraile franciscano Martín Lobo, especialista, según el cronista Vásquez, en cosas de hidráulica, que vivió y

trabajó en la Antigua en la primera mitad del siglo XVII y murió de fiebres en nuestro puerto de Trujillo cuando regresaba a España llevándole al rey sus proyectos. Después sólo a fines del siglo XVIII, con la evolución profunda operada en los tiempos de Carlos III, hallamos gente que se preocupe por hacer cosas grandes, como la navegación del río Motagua, ya que más al norte de éste no se podía pensar pues más allá de la sierra de las Minas o sean Livingston y el golfo Dulce eran usufructo de los contrabandistas beliceños y los piratas ingleses. Un audaz marinero español, según nos cuenta la Gaceta, realizó la hazaña de navegar el Motagua desde su puerto de Gualán hasta casi la desembocadura, y por los esfuerzos de la Sociedad Económica de Amigos del País llegó hasta organizarse una compañía, con cinco mil pesos oro de capital para que tal navegación se regularizara. Pero la Sociedad podía muy poco a pesar del enorme esfuerzo del pequeño grupo de sus animadores, Carlos IV llegó hasta suprimirla por varios años, y aunque sus iniciativas eran muy acertadas y felices, tenía que luchar con la pobreza general del país y el sórdido egoísmo de los muy contados "ricos" que habían hecho fortuna en monopolios comerciales, agrícolas o agropecuarios y eran incapaces por tanto de gastarlo en obras de bien público.

En cambio la pirotecnia de las frases bonitas y las meras ilusiones tuvo ocasión de desbordarse a la hora en que pudimos librarnos (o nos libraron las circunstancias mejor dicho) del imperio de Iturbide y se trató de organizar la república. Justo es reconocer la bondad de las intenciones de algunos patriotas, y en este sentido debe reconocerse al jefe del Estado de Nicaragua, aun antes de serlo, don Manuel Antonio de la Cerda, el mérito de haberse fijado, antes que nadie, en las ventajas que para su provincia en especial y para toda Centro América reportaría la obra del canal. La idea tenía virtud mágica y todos se sentían contaminados de locura. "La apertura del canal, decían los centroamericanos, es el primer bien después de la independencia", lo cual hubiera sido una gran verdad si la independencia hubiera resultado un bien. Y añadían viendo girar la rueda de luces de colores y "canchinflines" del mejor castillo que se había quemado desde que don Jorge de Alvarado asentara la segunda Santiago en el valle de Almolonga: "La apertura del canal immortalizará al siglo y al Congreso que la ponga en ejecución". Y hasta la gente más seria del extranjero se entusiasmaba. El famoso economista monsieur de Pradt, a quien todo el mundo tenía muy en cuenta, exclamaba, probablemente con las manos en alto: "La libertad va a abrir la puerta que el interés privado de España había mantenido hasta ahora cerrada al mundo. La independencia de América será la que proporcione al Universo las ventajas que deberá gozar por la nueva ruta comercial de que hubiera estado eternamente privada sin aquélla".

Pero pocos se habían fijado en que ya por el año 1779, los coroneles ingleses Hodgson y Lee habían levantado los primeros planos del gran lago de Nicaragua, el río San Juan y el resto de la provincia de Nicaragua, y los habían remitido a Londres junto con todos los demás datos que le sirvieron a

Inglaterra para armar la expedición (aquella de que formó parte y de que resultó herido el más tarde célebrísimo Nelson), que se hubiera apoderado de Nicaragua si no es que salen en defensa de ésta, además de la hija del comandante del castillo de San Carlos, la primera heroína verdadera de nuestra historia, toda la gama de paludismos y fiebres perniciosas que eran los mejores soldados para defendernos.

Tampoco se habían fijado los centroamericanos en que el no menos célebre ministro inglés Lord Pitt, "fundaba —al decir del historiador más en boga, Robinson— en la empresa del canal una gran parte de sus planes". Lo importante era prenderle fuego a los "escupidores" y cohetes de colores que tanta fama le habían dado ya al "puente de Chispas" de la nueva Guatemala de la Asunción. Hasta los documentos que hubieran debido servir de antecedentes y base de la negociación habían desaparecido, "unos extraídos privadamente, otros remitidos a México, a donde nunca llegaron"... "Cuando la Asamblea Nacional quiso tener a la vista los que se referían al negocio en cuestión fue informada de que no quedaba uno solo de los que se habían conservado en el antiguo depósito geográfico del reino".¹

Pero no obstante la falta de tan elementales bases de juicio, se dio con toda pompa el decreto de 16 de junio de 1825 disponiendo se abrieran negociaciones para la construcción del canal. La idea era libérrima: un canal para uso de las naves de todo el mundo. Y el programa de ventajas más libérrimo aún: se hablaba de las formidables entradas que tendría el fisco, como producto de la tributación de todas las naciones del mundo. Se hacían cálculos "a la quien vive", como solemos o solíamos decir. La agricultura, el comercio y la minería sufrirían una benéfica revolución, con sólo la introducción de maquinaria se pagaría el presupuesto, sin hablar del adelanto que para toda Centro América significaría esa creación de nuevas poblaciones y el cruzamiento de carreteras en todas direcciones. "En una palabra, nos dice el ecuaníme Marure en su folleto sobre "El Canal de Nicaragua", se esperaba, por medio del canal, ver a la república transformada dentro de pocos años en la nación más rica, más poblada y más feliz del globo".

Por supuesto que nunca faltó, como a la zaga de las deslumbrantes carrozas de los césares romanos, el esclavo que le fuera susurrando al oído del César el aborrecible recuerdo de que la muerte siempre acecha. Sólo que esta vez el esclavo fue el de las realidades centroamericanas, don José Cecilio del Valle, a quien dándole el sobrenombre de sabio se le compensaba el no hacer caso de su sabiduría. Una costumbre muy a gusto del país. Valle, que a la hora de los fuegos fatuos por la independencia, vertió todas sus previsiones proféticas en las páginas de su admirable "Amigo de la Patria", para hacerles ver la realidad del atolladero sin fondo en que se metían a todos los ideólogos de buena fe como don Pedro Molina, y aun a los de mala fe, que no eran los menos, esta vez, cuando se trató de la apertura del canal, no pudo menos de lanzar el

¹ Obras completas de José Cecilio del Valle, T. I, Págs. 132-40, Guatemala, 1929.

torrente sin espuma de su elocuencia parlamentaria.

Empieza por fotografiar con los más bellos colores el anverso de la medalla o sea todo lo que el mundo, las razas y la civilización universal tendrían que ganar con el canal y en especial Centro América y Nicaragua "la que vería pasar por su suelo las velas de la Europa, sería el primer emporio del comercio y el centro grande desde donde se derramaría la riqueza a nuestra república en particular y a la América y al Asia en general".

Pero... (y aquí entraban los perros, o sea el reverso de la medalla). Se oponía abiertamente a que se aprobara el contrato con la casa Barclay, inglesa, y aún con la de Palmer, norteamericana. Decía que la empresa debería ejecutarse de cuenta de la nación. La dilación y el aumento de gastos son males menores que los que sufriríamos haciéndose la obra de cuenta de compañías extranjeras "pues no había base ni siquiera para culcular los gastos y utilidades. ¿Podremos nosotros acordar la obra más grande y peligrosa de la república y designar al empresario réditos, gracias y privilegios sin prece-der cómputo alguno, sin hacer ningún reconocimiento, ni ejecutar ninguna operación de las que deben ser previas?". Pero lo económico no era nada en comparación con los peligros políticos. "Todos los puntos o lugares del globo han sido objeto de celos y rivalidades desde el instante en que se les ha puesto en estado de ser interesantes al comercio. Lo era en el Mediterráneo la isla de Malta, y por eso fue sucesivamente conquistada por la Francia y la Inglaterra. Lo era Gibraltar en el mismo mar. España estaba en posesión pacífica y los ingleses tomaron aquella fortaleza en 1704 y continúan hasta ahora dueños de ella... Nicaragua, colocada en posición tan ventajosa no ha sido olvidada de las naciones extranjeras. En todas las geografías se pondera con encarecimiento la importancia de su situación. Bryan Edwards escribió una memoria sobre el canal de comunicación entre ambos mares y en ella empleó diversas razones para manifestar al gobierno inglés que debía apoderarse del istmo de Nicaragua por fuerza o por negociaciones. En una obra posterior publicada en 1821 se ha dicho que los ministros ingleses no han perdido de vista tan grande asunto... En otros papeles ingleses sobre el comercio de la India se ha dicho que el istmo de Darién es una lengua de tierra muy estrecha entre San Blas y los indios mosquitos: que Portobelo, Chagres y Panamá pueden considerarse como la llave de todo el país y deben pertenecer al fin a una de las grandes potencias de Europa y no a los Estados Unidos de América. Una expedición inglesa prepa-

rada en Jamaica dirigida por el general Kemble y auxiliada por el rey de los zambos y moscos atacó el puerto y castillo de San Juan el año de 1780... El territorio de Nicaragua por donde debe abrirse el canal linda con el de los indios moscos que tienen relación con extranjeros. Nicaragua acaba de sufrir una revolución dolorosa que ha dejado sentimientos no borrados hasta ahora", etc. etc.¹

Todo esto y mucho más se decía el 27 de abril de 1826 cuando la república federal de Centro América estaba en sus primeras ilusiones. El 3 de junio de 1830 la federación parecía consolidada con el triunfo de Morazán y el advenimiento, que ya se preveía, de un jefe del Estado de Guatemala de la talla del doctor Mariano Gálvez, el primer reformador de guante de seda que tuvo la América Hispánica. Y sin embargo el 3 de junio de ese año los ingleses se apoderan de la isla de Roatán, perteneciente a Centro América y lanza a la pequeña guarnición y colonos que allí había, cuyas plantaciones fueron también arruinadas por los invasores. "Este atentado, muchas veces repetido desde el año de 1743 en que por la primera vez intentaron algunos súbditos ingleses, aunque sin éxito, establecerse en aquella isla en tiempo de la dominación española, fue reclamado por el gobierno nacional que tomó desde luego las providencias necesarias para recobrar, como en efecto recobró, aquella posesión. "Roatán ha quedado siempre expuesta a las irrupciones de los colonos del establecimiento británico de Belice que últimamente las han renovado con no menos escándalo que en las épocas anteriores" había dicho desde 1826 el ministro de Relaciones Exteriores de la Federación".¹

Y si esto sucedía cuando Centro América parecía entrar en la era de la definitiva consolidación de su unidad nacional, ¿qué habría de esperarse cuando se consumó su ruptura en cinco pedazos? Ya lo hemos visto. A mediados del siglo no sólo se había apoderado Inglaterra de siete décimas partes del litoral atlántico de Guatemala extendiendo su simple "establecimiento" de Belice hasta el río Sarstún: había extendido la costa mosquitia hasta San Juan del Norte, en Nicaragua y trató más tarde de darle la vuelta hasta la bahía de Fonseca en el Pacífico. Había luego rehuido interpretar en su recto y único sentido posible el tratado Clayton-Bulwer abandonando sus conquistas en Centro América y finalmente había acabado por declarar que las cinco islas de la bahía, ya no sólo Roatán, dependían de Belice. Y todo esto sin contar los bloqueos a los puertos de Honduras y El Salvador. ¡Todo por el canal!

Centro América Unida Provoca la Sonrisa de Inglaterra y Desunida la Risa

Mientras que don José Cecilio del Valle, siempre realista y profético, se desgañitaba tratando de convencer al primer Congreso Federal de las Provincias Unidas de Centro América de que darle a una potencia o a una compañía extranjera la concesión para la apertura del canal de Nicaragua en esos momentos, cuando el caos comenzaba a aletear

sobre la república recién nacida, equivalía a meterse otra vez en la boca del lobo de que milagrosamente habíamos escapado cuando la anexión al imperio mejicano de Iturbide y echar a perder otra vez lo que también por milagro habíamos logrado el 15 de septiembre de 1821, Inglaterra se sonreía irónicamente. Nuestros forcejeos de ahogado que

¹ Marure. Efemérides, Pág. 60, Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1956.

¹ Memoria del secretario de Relaciones Exteriores don J. F. Sosa, al Congreso Federal, 10 de Marzo de 1826.

en vano trata de asentar pie en tierra firme le arrancaban esa sonrisa un tanto sardónica. Ella, que después de poner un pie en Belice, es decir en el continente mismo, estaba segura de poner el otro en el resto de Centro América con sólo extender a su gusto la cuerda para medir los límites de la Costa Mosquitia de Honduras y Nicaragua. Si a su gusto había extendido hasta el río Sarstún la que le había servido para medir Belice, ésta de la Mosquitia podría servirle para llegar desde la laguna de Bluefields, en el ángulo saliente del noreste de Nicaragua, por donde la tribu extranjera de los zambosquitos se había infiltrado, hasta la desembocadura del río San Juan, en el remanso del litoral atlántico descendente, y de allí pasar la cuerda a través del río San Juan y los dos grandes lagos de Nicaragua hasta el Estero Real, sobre la Bahía de Fonseca, por donde en aquel tiempo se proyectaba la boca del canal. Así la cuerda ahorcaría a Centro América pero el ahorcado dejaría por herencia en manos exclusivas de Inglaterra la ruta completa del canal.

Un acontecimiento ocurrido casi al mismo tiempo que el sabio Valle pronunciaba sus homilias ante el Congreso, contribuyó a que se desenrollara la cuerda con que Inglaterra nos medía. El 27 de abril de 1826 Valle había hecho sus solemnes declaraciones: "El momento presente no es el de la oportunidad para abrir el canal de Nicaragua, y aún en el caso de lo que fuera no debería contratarse su ejecución con una compañía extranjera. Debería hacerse de cuenta de la nación o de una compañía compuesta de hijos de ella". Y el 25 de febrero de ese mismo año había muerto en Belice el rey de la Mosquitia, aquel Robert Charles Frederick, cuyas aficiones al ron de Jamaica sólo podían medirse con el tamaño de las concesiones que otorgaba y que excedían en mucho a la superficie misma del territorio de Centro América, según hemos visto. Los ingleses lo habían encontrado a su vez fuera de medida de sus propósitos y lo hicieron emigrar a Belice, en donde por todo consuelo le quedara al menos el recuerdo del día de su proclamación como rey de los moscos: la iglesia principal de Belice rebosante de luminarias, vestido él con el uniforme de mayor inglés y ostentando en la cabeza un tricorneo de almirante, mientras los cañones de las fragatas prorrumpían en salvas. Murió agradeciendo a los ingleses todos los favores recibidos y nombrando al intendente de Belice, coronel MacDonald, como regente de sus dominios de la costa Mosquitia mientras sus hijos llegaban a la mayoría de edad. El coronel MacDonald se apresuró a nombrar a su secretario privado Mr. Patrick Walker por su legítimo representante en la Mosquitia, mientras él declaraba que las leyes británicas deberían ser en lo de adelante las de Belice o British Honduras, como lo llamaban ya, y asumía por sí mismo el control de las finanzas y legislación del establecimiento británico. Y de esta suerte tenemos ya los dos pies de Inglaterra sobre la vasta extensión continental que abarcaba desde el río Hondo, límite norte de Belice, hasta la laguna de Bluefields en Nicaragua.

Pero aún Centro América no estaba del todo deshecha como nación, y cuando se dio cuenta de lo que la nueva farsa de gobierno significaba en el rei-

no de la Mosquitia y los alcances que asumía el nuevo gobierno de Belice, puso el grito en los cielos. Es decir el ministro de Relaciones don Miguel Alvarez clamó los buenos oficios de los Estados Unidos ante la cancillería de Londres. Tras la exposición de las incalificables violaciones y usurpaciones del territorio centroamericano, que en Belice "han excedido los límites establecidos en más de cuarenta y cinco leguas" explica que "asunto de tal magnitud ha constreñido al gobierno de Centro América a acreditar al coronel Juan Galindo (quien estaba de ministro en Washington) ante el Gabinete Británico y el vicepresidente de esta república (el presidente Morazán estaba ausente y la capital de Centro América se había tenido que trasladar a San Salvador, actuando don Miguel Alvarez, signatario de esta nota, como ministro de Relaciones accidental) no duda que por su digno medio el presidente de los Estados Unidos haga las más terminantes intimaciones a la corte de Su Majestad sobre este asunto... La mediación del presidente dará sin duda mayor peso a las representaciones que haga nuestro enviado ante el gobierno británico... Permítame en esta ocasión recordarle que siempre ha sido objeto de la política de los Estados Unidos que no haya establecimientos europeos en el continente americano y que las agresiones y usurpaciones de Belice son peligrosas y violación alarmante de este principio. Corresponde a su grande y próspera república ponerse a la vanguardia de política tan interesante a los nuevos estados americanos y sostener en su nombre nuestros derechos en presencia de Inglaterra...".

Pero el presidente Andrew Jackson era el menos a propósito para responder a estos clamores de los centroamericanos, ya que como líder del expansionismo norteamericano hacia el oeste su mayor empeño era la reducción de los territorios que ocupaban los indios y en cuanto a Inglaterra, su política de amistad con ella, lo hacía desentenderse de la doctrina Monroe. Y por otra parte el coronel Juan Galindo no fue recibido oficialmente por la Cancillería inglesa, so pretexto de que era irlandés de nacimiento. El, que había prestado durante toda la vida sus entusiastas servicios a Centro América, entre otros el de haber dado a conocer a la Academia de París las sorpresas arqueológicas del Petén y haber rendido al gobierno de Guatemala el primer informe sobre las ruinas de Copán, amén de otros servicios como corregido departamental. Pero en todo caso su misión seguramente no hubiera tenido mejor resultado que la de don Marcial Zebadúa, el primer ministro, a quien siempre la cancillería londinense le exigió para la firma de un tratado, el previo reconocimiento de las concesiones otorgadas por España en Belice y la fijación de límites hasta el Sarstún.

Galindo, pues, tuvo que regresar a Centro América "con las cuerdas destempladas" y entregarse a la única profesión que un diplomático desplazado podía entregarse: la pequeña guerra civil que ardía por todas partes en Centro América y que pronto lo hizo su víctima propiciatoria. Fue asesinado en Honduras cuando huía a consecuencia de una invasión de los nicaragüenses. ¡Así acabó la vida nues-

tro primer gran arqueólogo nacional e injustamente tratado diplomático!

Fueron los últimos intentos de la nación centroamericana unida por detener las usurpaciones inglesas y abrir por su propia cuenta, o por lo menos en condiciones equitativas para ella, el canal de Nicaragua. Ahora quedaba abierto el aún más negro capítulo de la lucha aislada de los Estados, tal como Inglaterra había buscado. ¿Qué podría hacer por sí sola Nicaragua que para que nada le faltara era un hervidero de pasiones y de una feroz guerra civil entre granadinos y leoneses capaz de apagar los retumbos del Cosigüina mismo, cuya reciente erupción le había desmochado la cabeza entera?

Por de pronto el cónsul inglés Mr. Chaffield hizo la declaración al gobierno de Honduras de que la isla de Roatán había sido ocupada por disposición del gobierno británico, y en cuanto a Nicaragua, el coronel MacDonald, intendente de Belice, dispuso extender los límites de la Mosquitia más allá de la laguna de Bluefields hasta el puerto de San Juan del Norte. Al efecto se embarcó en la fragata inglesa Tweed, y seguido por un balandro armado, que ostentaba la bandera mosquita en la punta del mástil, se dirigió como una flecha a este puerto, exigiéndole al comandante que reconociera al reino mosquito como un aliado de la Gran Bretaña (agosto 12-19 de 1841). El comandante se resistió y aún protestó contra ese insulto a su país. MacDonald entonces lo apresó y echándolo a bordo del

Tweed lo hizo llevar a unos cientos de millas, dejándolo abandonado en la costa desolada.

Ante las protestas de las autoridades nicaragüenses, lord Palmerston, que se hallaba al frente de la oficina de asuntos extranjeros, en el ministerio de lord Russell, tomó por toda resolución la de escribir a sus dos agentes consulares en Centro América, que eran Mr. Chaffield en Guatemala y Mr. Patrick Walker en la Mosquitia, y además a Mr. O'Leary su agente en Colombia (la que también había tenido pretensiones sobre la costa Mosquitia, con base en una real orden de 1803) para que le informaran hasta dónde llegaba la tal costa. Y los tres, por supuesto, se apresuraron a contestarle que ella se extendía desde el río Román en Honduras hasta el San Juan en Nicaragua, y uno de ellos hasta el lago Chiriquí, en Panamá. Fundado en estos informes, lord Palmerston declaró "que el derecho del rey de los mosquitos debe ser mantenido en una extensión desde el Cabo de Honduras a la desembocadura del río de San Juan". Y Mr. Chaffield, al notificar lo anterior separadamente a los gobiernos de la disuelta Centro América, todavía agregó "que ello era sin perjuicio de cualesquiera derechos del rey mosquito al sur del río San Juan". Y por si esta reserva no fuera bastante, todavía la subrayó con la amenaza de que Su Majestad Británica no vería con indiferencia cualquiera presión o intento por parte de los gobiernos centroamericanos de violar los límites así fijados.

La "Soberanía e Independencia" de Nicaragua hace más sobrano e independiente a Mr. Chatfield

De las cinco provincias de Centro América, Nicaragua era la que más tenía que perder con la ruptura de la unidad centroamericana. El avance del protectorado inglés sobre la costa Mosquitia, extendido en 1847 hasta el puerto de San Juan del Norte, el único con que podía contar sobre el Atlántico, duplicando de un golpe, de esa manera el territorio prácticamente dominado por Inglaterra, le significaba haber perdido toda su costa atlántica. Aquel protectorado que antes no representaba sino una región pantanosa ocupada por una tribu salvaje que se mantenía de la caza y la pesca y de hacerles la guerra indefinida a las tribus vecinas de los indios towkas, cookras, wollvas y ramas, ahora quedaba dueño de las tierras habitadas por los indios Poyas, Secos y Caribes, que aunque ajenos a las más elementales costumbres de la civilización, se habían visto libres de la amenaza constante y el ataque de los zambo-mosquitos. ¡Toda la costa atlántica en poder de los ingleses! Y sin embargo, Nicaragua había sido la primera, en declarar su separación del resto de Centro América, convocando al efecto una primera Asamblea Nacional Constituyente que debería "proclamar su soberanía e independencia" sin más restricciones que las que tuvieran a bien fijarse en un nuevo pacto que celebrara con los otros cuatro estados de la América Central (30 de abril de 1838). Y eso que bien sabía que ella y sus dos grandes lagos unidos entre sí por el río Tipitapa, al Atlántico por el río San Juan y al Pacífico por el angosto istmo de Rivas (sólo 13 millas de camino),

o el Estero Real, que parecía entonces el indicado para la salida a la bahía de Fonseca, había sido el territorio más codiciado del extranjero. Y que sabía, lo cual era más grave, que sólo por la mediación del resto de Centro América pudo hallar una tregua a su feroz guerra civil de granadinos contra leoneses y viceversa, en los días de la independencia. Y que esa tregua sólo le significó un respiro para acometer de nuevo esa guerra, conforme a la nefasta herencia que le venía de los días mismos de la conquista, cuando la famosa sublevación de los dos hermanos Contreras, primer chispazo de ese localismo que debería producir su eterna guerra civil hasta los días en que la esclavizó por completo el filibustero William Walker.

Bien es verdad que mantener la federación era imposible, no por la federación misma, porque lo mismo o peor hubiera ocurrido con la república unitaria. Porque desgraciadamente ni en una forma ni en otra hubieran podido mantenerse unidos los pueblos centroamericanos tan faltos de intereses comunes concretos. Y las naciones no se forjan con intereses abstractos escritos sobre el papel. La verdad es que se habían mantenido unidos forcivolmente por mandato del rey de España, pero no se conocían unos a otros, y cada provincia había buscado sus propias salidas al mar, a falta de caminos comunes o de un puerto común. Por lo demás no había pueblo ni opinión pública sino tan sólo escasos grupos ilustrados divididos en ideas antagónicas de feroz intolerancia. Quizá lo único que hu-

biera podido hacer la unidad nacional era una guerra por la independencia, como la hubo en el resto de Hispanoamérica, capaz de mezclar a todos en un ideal común (no como sucedió cuando los filibusteros de 1856-57 en que cada ejército provincial peleó por su cuenta y sin unidad en el comando). En suma, no había una conciencia de patria centroamericana y la escasa que había eran sentimientos localistas de ciudad, cuando no de simple aldea. Ya no eran los tiempos en que el mariscal Matías de Gálvez pudo hacer un ejército centroamericano en nombre del rey.

Nicaragua, la primera en proclamarse "soberana e independiente" del resto era necesariamente la primera que tenía que ser víctima de esa separación. La nota de Chatfield al comunicarle los nuevos límites de la Mosquitia no desdecía de las que acostumbraba. Decía que "después de examinar cuidadosamente los varios documentos y registros históricos (sic) que existen relativos al asunto" el gobierno de S. M. Británica es de opinión que el derecho territorial del rey de mosquitos debe extenderse desde el cabo de Honduras hasta la boca del río San Juan", añadiendo que es de su deber advertir a ambos gobiernos "que a esta extensión de costa considera S. M. Británica el rey de los mosquitos tiene derecho, sin perjuicio al derecho que dicho rey pueda tener a algún territorio más al sur del río San Juan, y que el gobierno de S. M. Británica no puede ver con indiferencia ningún atentado a usurpar los derechos a territorio del rey de los mosquitos, quien está bajo la protección de la corona británica" (Nota a los gobiernos de Honduras y Nicaragua fechada en Guatemala a 10 de septiembre de 1847).

El ministro de Relaciones nicaragüenses, doctor Sebastián Salinas, contestó protestando ante aquella iniquidad. ¿Qué más podía hacer? ¿Qué podía hacer una provincia que ya no era sino ridícula desmembración de un todo que nada había podido hacer cuando México le había arrancado Chiapas, su provincia más septentrional, ni cuando los ingleses se habían apoderado, porque sí, de 22,000 kilómetros cuadrados de Belice? Comenzaba el ministro por recordar que desde hacía seis años el cónsul inglés no se había dignado ni siquiera contestar la nota en que Nicaragua le demostraba con incontables argumentos, los derechos que tenía ese país sobre el llamado Protectorado de los mosquitos y el puerto de San Juan, con ocasión de los procedimientos del superintendente de Belice Mr. Alexander Mac Donald contra el administrador nicaragüense de ese puerto. Hace ver en seguida que no hay litigio pendiente ni ha mediado comunicación alguna conforme era elemental en el derecho de gentes por la que se les haya hecho saber a los gobiernos de Honduras y Nicaragua la pretensión de los mosquitos. Declara por fin "que jamás ha reconocido ni reconoce tal reino ni tal rey mosquito... Todo en verdad se reduce a ciertos salvajes que vagan en el desierto y costas de Honduras y Nicaragua viviendo de la caza y de la pesca, sin edificios, sin idioma conocido, sin escritura, sin artes, sin comercio, sin leyes y sin religión, que conforme a los principios reconocidos los hicieran aparecer ante el mundo civilizado componiendo una sociedad regular, y lo que es mucho más, componiendo un imperio. Lo

que hay de incuestionable, si se ha de hablar con franqueza, es que algunos súbditos británicos, al favor de los establecimientos de Jamaica y Belice y con ocasión del comercio establecido por el gobierno español y después por la república del Centro, pudieron arribar a dichas costas y familiarizarse con aquellas tribus. Y observando el estado virgen y abundante de algunas producciones naturales en aquella parte del territorio centroamericano y su ventajosa posición geográfica, entraron en el deseo de apropiárselo, escogiendo al efecto el medio de enseñar impropiaamente su idioma inglés y parte de sus costumbres a algunos de los mismos mosquitos, llevar consigo al hijo de alguna familia favorita entre ellos, educarlo a su manera y preparar así ese instrumento que sirviese a sus designios con el título de rey. Este personaje fantástico no se ha presentado ni puede presentarse ante la civilización del siglo XIX ni darse a reconocer a este gobierno ni a otros vecinos puesto que no puede haber soberanía en esa facción selvática del pueblo centroamericano, porque tal hecho daría derecho a las hordas salvajes que existen en las diversas partes del globo para que protegidas por cualquier otro gobierno formasen reinos, y puestas en parangón con los Estados cultos señalasen límites a la civilización y establecieran el desorden y la anarquía universales".

¿No es verdad que parece que estuviéramos leyendo al pie de la letra una página de lo que ahora está pasando en el mundo? ¿No es verdad que son peligrosas estas enseñanzas que dan los pueblos que se llaman civilizados, y que también los pueblos salvajes son buenos discípulos para aprender rápidamente lo que los maestros tendrán que arrepentirse un día de haberles enseñado?

En un reciente folleto titulado "Dos caminos de colonialismo", escrito por "El muy honorable Arthur Bottomley, O. B. E., experto del partido laborista británico en asuntos africanos y asiáticos, ex diputado del Parlamento británico", etcétera, la primera página ostenta una comparación sintética entre el colonialismo a la manera como lo entiende Khrushchev y el tipo de asociación Commonwealth, a estilo británico. Khrushchev dice: "No puedo comprender por qué nadie va a un país si no es para explotarlo". ¡Cuánto va de la Inglaterra actual a la que se adueñó de Belice, primero, y quiso apoderarse de la Costa Mosquitia hasta la bahía de Fonseca hace un siglo! Los centroamericanos tendrán motivo de consiguiente, haciendo historia, de sonreír ante la comparación que Mr. Bottomley trata de establecer.

Pero entretanto, el ministro de Relaciones Exteriores de la nueva república "soberana e independiente" se dirigía a sus colegas de los Estados de la extinta federación haciéndoles saber que "una tribu sin forma reconocida de gobierno, sin ninguna civilización y enteramente abandonada a la vida selvática es de la que a la vez se sirve la ilustrada Inglaterra para poner uno de su pies sobre la costa del Atlántico en el Estado, o por mejor decir para tomar la puerta de la comunicación europea con la América, el Asia y otros países importantes, por el punto que es más practicable el gran canal interoceánico..." Y preguntando a los gobiernos centroamericanos "si se halla en el ánimo glorioso de

defender la independencia como se ha estipulado en los convenios preexistentes y lo demanda el interés nacional, o si abandonada Nicaragua a sus propios designios, en la hipótesis de que tenga lugar la ocupación, deberá tomar la posición correspondiente en el mundo político en razón de los grandes intereses comerciales que concurren en este istmo para defender al Estado, etc. . . .”

Sólo El Salvador contestó con la energía que el caso demandaba. “No puede persuadirse —(el gobierno) de que el ilustrado gobierno de Saint James autorice ni ordene tamañas maldades... Mas prescindiendo del origen y causas del hecho. El Salvador protesta que si llegase a verificarse un semejante atentado, unirá sus fuerzas a las de ese hermoso Estado y concurrirá con todo su poder hasta arrojar fuera de los límites de Centro América a los usurpadores que se atreven a pisar su territorio. . . .” Costa Rica, que era a quien más de cerca tocaba el asunto, por tener derechos en el río San Juan y seguir indecisa su frontera con Nicaragua, contestó un tanto evasivamente después de Guatemala, favorita incondicional de Chatfield por su gobierno netamente aristocrático-clerical y separatista. Costa Rica era la mimada de la continuadora de la polí-

tica de los piratas. Y en cuanto Honduras esta vez se hallaba en estado de hacerle carantoñas a Guatemala. ¡La eterna Centro América! Y por supuesto que tampoco faltaron los juramentos: el gobernante de la nueva república “soberana e independiente”, doctor José Guerrero, hacía honor a su apellido ofreciendo “cumplir sus deberes de simple ciudadano, formando también en las líneas de la patria como último soldado para consagrarle a ella mi sangre, que exclusivamente le pertenece. . . .”

El único que no hablaba ni hacía juramentos era Mr. Chatfield. Este sólo se reía. . . para adentro, como el flemático inglés de “Los sobrinos del capitán Grant”. Pero al año siguiente patrocinaba el cambio de nombre del puerto de San Juan del Norte, por el de Greytown, expulsó a las autoridades nicaragüenses que quedaban en las aduanas, se rió del menguado ejército con que Nicaragua quiso hacerles frente a los barcos de guerra y avanzó hasta el castillo de San Carlos, a la entrada del gran lago. Todo ello lo veremos en el próximo artículo, en que la diplomacia dormida de Norte América se ve por fin compelida a empezar “a retocerle la cola al león británico”, según frase típica de aquellos tiempos.

Los Cañones Ingleses y la Bandera del Rey Mosco

Que Hernán Cortés o Pedro de Alvarado se hayan valido de los flaxcaltecas y de los cacchiqueles, respectivamente, para vencer con más facilidad a los incontables ejércitos de Moctezuma y a los más escasos de los reyes del Quiché, se explica por razones de estrategia, dentro de la barbarie de las conquistas. Los flaxcaltecas eran los rivales de los aztecas y estaban mordiendo el odio de la derrota, y otro tanto los cacchiqueles con respecto a sus rivales los quichés. En verso queda todo ello mejor explicado dentro del eufemismo de la clásica estrofa de Quintana: “Crímenes son del tiempo y no de España”, aunque se trata de un eufemismo un tanto traído de los cabellos desde los umbrales del siglo XVI en que ya empezaba a balbucearse el nuevo “derecho de gentes” del padre Vitoria. Pero que los ingleses de mediados del siglo XIX, llamado de las luces, hayan querido hacerle la guerra a los nicaragüenses y conquistar la ruta del futuro canal valiéndose de los indios mosquitos, de la más baja y obscura extracción de las islas del Caribe, donde indígenas y negros se mezclaban a su entero gusto y sabor, es un rasgo de ingenio que no se le hubiera ocurrido a don Lope de Vega Carpio, apellidado “fenix de los ingenios”. Ni aun a su contemporáneo William Shakespeare, el fabricante de los más trágicos personajes (y a veces de los más pintorescamente trágicos) de la literatura universal. Bien es verdad que aquellos capitanes españoles de la conquista buscaban tierras que apropiarse y estos ingleses del siglo XIX aguas que apropiarse (las del futuro canal). Hay, pues, diferencia de elementos, por lo que no debemos de extrañarnos que hoy día se hagan explotar en el aire bombas atómicas bajo el argumento de que se trata de la conquista del espacio. Así va caminando la humanidad su ruta de dos cientos o trescientos mil años de caverna y de lucha a brazo partido con toda clase de fieras.

Por algo decía Pascal, echándoles un vistazo a esos milenios de ignorada vida cavernaria que la joven civilización carga sobre la espalda: “el que hombre es simplemente una caña que piensa”. Quizá el célebre matemático y filósofo de Clermont hubiera podido decir mejor “una simple caña. . . de pescar”.

Y perdonen los lectores estas perogrullescas digresiones. Estábamos en que en septiembre del año de gracia de 1847 Mr. Frederick Chatfield, cónsul general inglés en Centro América y el mayor protector del reino alado de los mosquitos, (o él mismo el mayor moscardón alado), había clavado en los fastos diplomáticos de la exangüe Centro América el piquetazo de sus notas “diplomáticas”, haciendo saber que el protectorado de la Mosquitia se extendía desde el cabo de Honduras en las inmediaciones del río Aguán o Román hasta el puerto de San Juan del Norte en la desembocadura del río San Juan, por el que a su vez desagua el gran lago de Nicaragua. Pero “sin perjuicio” de que esos límites pudieran extenderse más al sur (¡ay de Costa Rica y Panamá!) y sin perjuicio también de que todo intento de violación de esos límites por parte de los centroamericanos fuera condignamente castigado. Pero los meses que faltaban de 1847 y los primeros del 48, nos reservaban aún nuevas sorpresas, entre ellas la de que se intentara la conquista de la ruta del canal por medio de una turba de mosquitos convertida en ejército por magia de los ingleses.

Sucedió, pues, que la tragedia shakespeariana del canal de Nicaragua debería desarrollarse en varios actos, permitiéndole al público tomarse diez minutos de descanso entre uno y otro. Una vez hecha la declaración oficial de que San Juan del Norte era un puerto mosquito se permitió que al frente de él permaneciera un comandante nicaragüense, pero

pasados los diez minutos de descanso la representación tragicómica se reanudó. El gobernador de la Mosquitia Mr. Walker se quejó ante su gobierno de que los súbditos británicos de San Juan del Norte eran objeto de malos tratamientos de parte de aquel comandante nicaragüense, y el gobierno británico ordenó en el acto al secretario del Almirantazgo que despachara un barco de guerra a Bluefields, la capital del reino de la Mosquitia, para discutir la situación con Mr. Walker y concertar el mejor plan para que la república de Nicaragua reconociera la bandera Mosquitia. Llegado a su punto de destino el barco inglés, el Alarm, se convocó un consejo del reino, que acordó se informara al gobierno de Nicaragua que la Mosquitia reasumía sus derechos sobre el puerto de San Juan, bajo la protección de su aliada la Gran Bretaña. En seguida el rey de los mosquitos entregó el cetro a su jefe de Estado Mr. George Hodgson y se embarcó en el Alarm en compañía de Mr. Walker. Luego Mr. Hodgson puso en conocimiento del gobierno de Nicaragua lo acordado y el Alarm se dirigió lo más rápidamente que pudo al puerto de San Juan, a donde arribó el 25 de octubre de 1847. La bandera nicaragüense flameaba como de costumbre, y entonces fue despachado a tierra un oficial para informar al comandante que su alteza real (el rey mosquito) se hallaba a bordo del barco inglés y que en tal concepto la bandera nicaragüense debía ser arriada, levantándose en su lugar la de la Mosquitia. Item más: el rey debería ser saludado con los honores que correspondían a su dignísima realeza.

Aunque los informes de fuentes inglesas dicen que el comandante nicaragüense procedió según se le requería, los de la fuente contraria afirman que no sólo el comandante se negó sino que tuvo la ironía de sugerir que fuera el propio barco inglés el que izara la bandera mosquita y le hiciera los honores. Sea de ello o que fuere, lo cierto es que un nuevo consejo celebrado en Bluefields acordó que se cambiara el nombre del puerto, poniéndole Greytown, y que se exigiera por última vez a los nicaragüenses evacuarlo. Nicaragua, sabiendo que todas las protestas resultarían inútiles, propuso que se celebraran pláticas conciliatorias y hasta que Guatemala sirviera de árbitro, suspendiendo los británicos toda acción durante cuatro meses. Desde luego Mr. Chatfield se negó a todo, inclusive a que Guatemala sirviera de mediadora, aunque ofreció (suprema generosidad diplomática!) que enviaría a su gobierno las proposiciones que hiciera el de Nicaragua. Ante esta situación extrema, los nicaragüenses se dispusieron a resistir por la fuerza, echando mano del pequeño ejército que su eterna guerra civil le podía permitir. Entonces un destacamento de tropas mosquitas fue embarcado en el Vixen (otro barco inglés que había llegado a Bluefields el 31 de diciembre) y juntándose con los ingleses, ocuparon Greytown, levantando la bandera del rey de Mosquitia y haciéndole los honores los cañones de los barcos ingleses. Así se le cantaron a Nicaragua "las mañanitas del rey David" en aquel día de año nuevo de 1848... "Good save the King..."

El pequeño ejército nicaragüense, muy al contrario de lo que había sucedido unos 70 años antes, cuando Centro América bajo el mando del capitán

general don Matías de Gálvez había podido oponerle un solo frente a todo un ejército inglés de que formaba parte el propio Horacio Nelson (el futuro héroe de Trafalgar, y en el propio río de San Juan) había tenido que retirarse, ante la superioridad de las tropas mosquito-inglesas, al río Sarapiquí, uno de los dos importantes afluentes del San Juan y que desemboca en él a treinta y cinco millas al norte del puerto de ese nombre, pero cuando el Vixen llevó anclas, después de haber "organizado" la administración "mosquitia" y dejado una pequeña guarnición de británicos y mosquitos, cayó sobre el puerto, haciendo prisioneras a las autoridades inglesas y enarbolando de nuevo la bandera nicaragüense (10 de nero de 1848).

La afrenta no podía ser más grave para la Gran Bretaña. El vizconde (lord Palmerston) giró sus nuevas instrucciones a don Federico Chatfield: el gobierno de S. M. considera que los dominios de la Mosquitia comprenden no sólo el río San Juan sino también el Colorado, que es su brazo izquierdo, hacia el sur, y que ya se enviaban barcos de guerra "para reforzar esa reclamación y enmendar el error cometido con la omisión del Colorado". En consecuencia, no tardaron en hacer su reaparición frente a la desembocadura tripartita del San Juan, el Vixen y el Alarm (8 de febrero), y echando al agua pequeños botes con doscientos sesenta soldados, los ingleses emprendieron la subida del río hasta el fuerte de San Carlos, donde medio siglo atrás el ejército de que formaba parte Nelson había sido derrotado por los cañones de la heroína, hija del alcaide, según he relatado, y por la malaria. La guarnición nicaragüense fue fácilmente derrotada, y el capitán Loch, del Alarm, se posesionó del fuerte, haciendo prisioneros a sus oficiales. Ya dueño del castillo, no quedaba sino entrar al gran lago, a puertas abiertas, y poner bajo el filo de los cañones ingleses a Granada, la ciudad principal o más rica de Nicaragua.

Pero la Gran Bretaña no pretendía tanto. Ahora no era como en los días de Nelson, en que ella peleaba contra la independencia de Estados Unidos, habiendo sido la victoriosa campaña de Matías de Gálvez un episodio de esa guerra y de esa independencia. Ahora los Estados Unidos se elevaban rápidamente. Le había ya ganado a Inglaterra dos guerras y aunque con sordina ésta había oído la doctrina Monroe, a la que el propio primer ministro Canning le había hecho carantoñas. Además, el presidente de Estados Unidos, ahora Mr. James Knox Polk, había logrado fijar los límites de los dominios ingleses en el noroeste, objeto de vieja y encarnizada disputa. Y las conquistas resultantes de la guerra con México había permitido hacerle ver a Inglaterra, heredera de la piratería y de las cortas de madera clandestina de sus bucaneros, que le había salido un rival temible. Y sobre todo la adquisición de California, coincidente con el brote de ríos inagotables de oro. Se desvanecían de pronto los sueños que le había hecho concebir la doctrina de su magno hombre de mar y pirata, sir Francis Drake, cuando le preguntó sardónicamente a un gobernador panameño que le reprochaba por sus atroces correrías según ya he contado: ¿dónde está el testa-

mento de Adán en que le haya dejado a España la América?

La primera Asamblea Nacional Constituyente de la nueva república de Nicaragua se hallaba reunida en aquel entonces, y se apresuró a buscar las paces. Y éstas se hicieron en la forma que era de esperar. Las fuerzas inglesas se retirarían del puerto de Greytown. Nicaragua se comprometía a devolver a los altos funcionarios ingleses hechos allí prisioneros (los señores Little y Hodgson) y a no perturbar a los mosquitos en ese puerto, bajo la inteligencia de que perturbarlos sería considerado por la Gran Bretaña como una declaratoria de hostilidades. Los rehenes y prisioneros hechos en San Carlos serían liberados pero después de firmado el convenio. Y finalmente, Gran Bretaña admitiría recibir a un emisario nicaragüense para "arreglar en lo absoluto la cuestión", siempre y cuando Nicaragua no persistiera en desconocer los derechos de un Estado ba-

jo la protección de la Gran Bretaña.

El convenio fue firmado el 7 de marzo en una pequeña isla del gran lago, que para colmo de actualidades trágicas se llamaba "Cuba", y al día siguiente fue ratificado por aquella Asamblea Nacional, no sin la protesta de gran número de patriotas. Pero ¿qué podía hacer Nicaragua? Entraba en sus 26 años de continua guerra civil, y para colmo, atribuyéndole a los demás sus propias desgracias, como nos sucede siempre a los mortales, había creído encontrar el remedio en separarse de sus hermanos declarándose república "soberana e independiente".

El 29 de abril el honorable Mr. Edward J. Stanley, secretario del Almirantazgo británico, aprobaba todo lo efectuado, felicitando al capitán Loch y a su gente "por la bien hecho tarea en defensa de su país". Entretanto, el resto de Centro América.... como dijo el poeta: "Y el mundo en tanto sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío".

La Nueva Política de "Retorcerle la Cola al León Británico"

Cuando ocurrían en tierras de Nicaragua, según dejo relatado en el artículo anterior, las fechorías de la alianza anglo-mosquita con que Inglaterra quiso poner en práctica en Centro América lo que inútilmente había ensayado en su segunda guerra con los Estados Unidos (1812-14) o sea busca por aliados a los pielesrojas, tuvo lugar en la historia de las relaciones de la política norteamericana en Centro América, el trascendental acontecimiento del "despertar del león" o mejor dicho del cachorro del león. Empezó, pues, la era de diez años de duración de la diplomacia norteamericana de "retorcerle la cola al león británico".

En realidad, aunque fundamentalmente se actuaba en nombre de la Doctrina Monroe, casi olvidada durante un cuarto de siglo, doctrina que en la mente de sus creadores, los grandes ideólogos y, al mismo tiempo estadistas prácticos y mentores de Monroe tales como los ex presidentes Jefferson y Madison, ya cargados de edad, se necesitó esta vez el aguijón de un urgente interés terrenal. Urgía a toda costa abreviar lo más posible el camino del este de los Estados Unidos al oeste, ya que la disputa entre los esclavistas del sur y los antiesclavistas del norte se volvía cada vez más aguda, haciendo imposible ese camino directo por medio del ferrocarril, que sólo después de la guerra civil de 1861-65 pudo ser construido entre Nueva York y California. Pero entre tanto, urgía abrir el paso para el mundo de viajeros y aventureros que procedentes de Nueva York y de otras partes de los Estados del este y de todo el mundo acudían a las minas de California en busca ansiosa del maná de oro que brotaba de la tierra como en los tiempos bíblicos el de los cielos. Pero esta vez estábamos en los siglos del oro! Y en California se había por fin descubierto "El Dorado" que en vano buscaron con tanto afán los aventureros españoles. Aquel Dorado por el que se dejó cándidamente ahorcar "Cándido", el de Voltaire. Aquella California que fue descubierta en el siglo XVI por un vecino y marino muy notable de la recién fundada muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala que respondía al nombre de Juan Rodríguez de Cabrillo, cuya des-

cendencia quedó en Guatemala al servicio de los mejores intereses que defendía el Ayuntamiento. Rodríguez de Cabrillo, almirante de las naves de alto bordo que hizo construir Pedro de Alvarado, y que como éste soñaba y rebuscaba las islas opulentas de la Especiería, puso ambos pies en tierras de California (primer europeo que lo hacía) y se marchó de allí en busca de las fabulosas islas en cuyas intermediaciones sólo halló la muerte a manos de los indígenas, sin haber sospechado siquiera que las verdaderas fabulosas especierías las había tenido bajo sus pies. Tres siglos cabales más tarde el casual azadonazo de un obrero al abrir una zanja había operado el famoso milagro. Torrentes de oro manaban de las minas californianas y torrentes humanos salían de todos los rincones del este de los Estados Unidos y de todas partes del mundo, en inabarcable ejército de hormigas hambrientas y sedientas. Había que apagar el hambre y la sed de justicia... a estilo siglo XIX, o "de las luces" que si de un lado ostenta la luz eléctrica de Edison en el reverso tiene la sombra de los enemigos de la luz pero amigos de las empresas de luz eléctrica...

Se pensó, pues, seriamente, en el canal de Nicaragua, y mientras se abría, en un ferrocarril interoceánico por Panamá, ambos los puntos más débiles de la tierra continental o sea donde ambos océanos, Atlántico y Pacífico, se acercan más por sí solos. Y la cuerda se ha roto siempre por lo más delgado. Pero también mientras se construía el ferrocarril por Panamá, que no se inauguró hasta 1855, había que aprovechar el camino natural que ya ofrecía Nicaragua: entrar por el puerto de San Juan del Norte, convertido ahora en Greytown y en poder de los anglo-mosquitos, subir por el río San Juan en adecuados pequeños barcos a vapor, con ellos atravesar, casi tangencialmente, el gran lago de Nicaragua por su parte sur oriental y salir luego al Pacífico atravesando en pequeñas diligencias el pequeño istmo de Rivas, de sólo trece millas de largo. Por supuesto que ya no era hora de conciliaciones pero sí por lo menos de sacar a Centro América de las garras del león europeo. O de, por lo menos, que el canal no cayera en esas garras.